

Sección internacional

CHINA

El cambio de rumbo de la economía

Cuando en 1949 triunfó la revolución en China, éste era uno de los países más atrasados de la Tierra. El capitalismo apenas se insinuaba en los pequeños enclaves coloniales de la costa oriental del país y en Manchuria, por efectos de la industrialización desarrollada allí por

las fuerzas japonesas de ocupación en el período de la guerra. La mayor parte de China estaba bajo el predominio de una economía aldeana-feudal y los campesinos constituían 80% de la población total del país, en medio de un sistema agrícola de baja productividad.

Fuera de China, se pensaba que el triunfo revolucionario tendría la fuerza suficiente para arrancar al país del subdesarrollo, aunque la base material para intentarlo era mínima. La evolución posrevolucionaria confirmaría este aserto. El cambio dio lugar a una enorme multiplicación del esfuerzo humano, gracias a la modificación introducida en las relaciones sociales; empero, aparentemente de modo inexplicable, subsistieron las prácticas y limitaciones propias de la sociedad aldeana o de la

burocracia del antiguo régimen. Las marchas y contramarchas de la revolución, sus fases antitéticas y la no menos contradictoria etapa actual no se comprenderían sin una adecuada valoración de estos factores.

El período de la autarquía

China ha realizado grandes esfuerzos para resolver problemas que la fustigaron por milenios; en primer lugar el hambre, que antes azotaba periódicamente a su población. Sin embargo, el largo período de autarquía, que sirvió para consolidar las bases de una importante diversificación industrial, hubiera conducido, casi seguramente, a una encrucijada sin salida. A un determinado grado de desarrollo, la industria liviana necesita del con-

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

curso de una gran industria pesada. Esta, a su vez, requiere la modernización de la infraestructura de los transportes —ferrocarriles y puertos principalmente—, la explotación en gran escala de recursos mineros y el desarrollo de las fuentes de energía. Si una mayor parte de la población se incorpora al sector moderno de la economía —más tecnificado, más acorde con la estructura de costos y las pautas imperantes en los países capitalistas industrializados— necesariamente resulta imprescindible elevar la productividad de la agricultura, lo cual implica introducir la mecanización y los fertilizantes químicos, y realizar una gestión administrativa más eficiente y una distribución más racional.

En la primera etapa de la revolución, China resolvió satisfactoriamente el establecimiento de una economía prácticamente autárquica, con una industria liviana capaz de proveerla de casi todos sus requerimientos y una agricultura que, en las condiciones tecnológicas y de ingresos existentes, realizó la mayor evolución posible.

Para lograr ese desarrollo centrado en su propia capacidad de acumulación, para sentar las bases de la industria pesada, para echar los cimientos de una tecnología militar avanzada y para asegurar sus fronteras, contó con el concurso de la Unión Soviética y de los países socialistas de Europa Oriental. En 1960, por serias divergencias políticas que condujeron a un profundo deterioro de las relaciones entre los estados, esa colaboración cesó y China ensayó nuevas formas de crecimiento económico en condiciones de mayor autarquía. En realidad, las nuevas fórmulas no entraron en vigencia a causa de la ruptura con el bloque soviético, sino que se pusieron en marcha con anterioridad y, al parecer, constituyeron parte de las diferencias políticas que llevaron a la ruptura. Esta observación sirve para señalar que la profundización del curso autárquico no fue un giro impuesto por las circunstancias, sino la estrategia que en ese momento los dirigentes chinos consideraron más eficaz para resolver los problemas económicos del país.

En la actualidad, la fracción triunfante dentro de la burocracia gobernante parece abominar indiscriminadamente de todo lo que sucedió desde el Gran Salto Adelante hasta la resolución política de fines de 1978, que decidió un cambio

fundamental en la estrategia económica. En la medida en que lo objetado había sido fruto de la conducción maoísta o de la de sus seguidores —ya sea en sus versiones de izquierda, centro o derecha—, la rectificación —como lo demostraron los hechos posteriores— inició el camino de la desmaoización, a pesar de las declaraciones glorificadoras del viejo líder que se dieron en la primera etapa del cambio de rumbo.

La desmaoización implica el cuestionamiento parcial de los fundamentos políticos y económicos del Estado chino, tal y como éste se había desarrollado desde su creación y particularmente a partir de 1958, cuando se inició el Gran Salto Adelante.

No obstante, sería más que erróneo afirmar que todo fracasó en China en los últimos treinta años. De 1949 a 1952 el país se recuperó de los efectos de la larga guerra civil y de la lucha contra los japoneses. En el período comprendido entre 1952 y el Gran Salto Adelante, la agricultura creció con más intensidad que la expansión demográfica, se regularizó el riego, se iniciaron grandes obras de infraestructura en zonas que antaño habían sido duramente afectadas por la sequía y se creó la base industrial que después permitiría el desarrollo posterior e, incluso, los cambios de enfoque con respecto a qué hacer con esa plataforma inicial. Aun después del Gran Salto, la agricultura siguió creciendo a una tasa que pudo absorber el incremento demográfico, circunstancia que no sucede en la mayoría de los países subdesarrollados. Por su parte, la industria liviana rural pudo encarar el suministro de materias primas y de artículos de consumo para los mercados locales en una vasta escala. No hay que olvidar que la inmensa mayoría de la población china es rural, por lo que la organización de la agricultura posrevolucionaria terminó con el problema del hambre y la industria rural proveyó de la mayor parte de los insumos que necesitaba el aparato productivo en el campo, para la agricultura y las manufacturas livianas, lo que seguramente no hubiera podido ser resuelto por la industria de las ciudades, a pesar del considerable desarrollo que logró.

Una larga etapa para aprender de los capitalistas

Lo que fracasó en China fue la posibil-

dad de crear un verdadero sector moderno de la economía a partir de la autarquía. Esta deficiencia resultó vital y parecía encaminarse a generar un gigantesco cuello de botella capaz de paralizar el desarrollo futuro. Por ese motivo, la política económica actual da la mayor importancia a la creación y desarrollo de este sector moderno, contando, para ello, con el concurso de la tecnología mundial de avanzada y con los recursos que sólo se pueden obtener en el mercado financiero internacional. Para ello, China inició una vasta apertura de su economía, sin abandonar la propiedad colectiva de los medios de producción y sin dejar de lado los logros obtenidos en la agricultura y en la industria liviana durante el período de autarquía.

El aspecto más notable del maoísmo, que no suele tenerse en cuenta en la actualidad, es que, con el mismo fundamento filosófico que el stalinismo, parte del supuesto de que es necesaria una etapa democrática que prepare el camino para la revolución socialista. La convicción que sustenta esta premisa es que los métodos capitalistas son necesarios para transformar una sociedad atrasada en una industrial. En China, el maoísmo llevó esta premisa a una concreción política que no se dio en la Unión Soviética, a pesar de la subsistencia de la propiedad privada —a veces mayoritaria— en algunos sectores, como la agricultura.

En China, ese principio fue multiplicado por dos, como consecuencia de los efectos devastadores de la larga guerra civil y de la unidad de acción proclamada para vencer la invasión japonesa. Mao Tse-tung insistió siempre en que era preferible el acuerdo a la guerra civil, y su programa postulaba un gobierno de coalición entre los comunistas y la burguesía, que, a su tiempo, se eliminaría pacíficamente. A pesar de que el giro de los acontecimientos dio nacimiento a otra estrategia, no todos los aspectos de aquella política desaparecieron. Muchos capitalistas prefirieron, en 1949, quedarse bajo el gobierno comunista antes que emigrar a Formosa. Fueron tratados con benevolencia, como una burguesía nacional, y aunque en 1956 sus empresas fueron absorbidas por entes estatales, fueron invitados a participar en la dirección de las empresas estatales que se crearon. Sin embargo, no por eso desapareció el capital. Es cierto que la participación privada en las empresas fue tasada arbitrariamente, pe-

ro esa tasación les dio derecho a percibir un interés de 5% anual durante seis años, que luego fue extendido a diez años. En la actualidad, esa ex-burguesía constituye la capa más rica de China y algunos de sus miembros ocupan cargos políticos.

En 1966, la Revolución Cultural confiscó sus capitales, generalmente depositados en los bancos. Entre las reformas encaradas por los actuales dirigentes chinos, está la devolución de esos depósitos, algunos de los cuales son de una proporción que oscila entre el equivalente de 600 000 y 2 000 000 de dólares. También los dirigentes chinos han sabido cultivar la amistad de la burguesía de esa nacionalidad residente en Hong-Kong, Macao y en los países del sudeste asiático, entre ellos Vietnam. Esta burguesía es objeto, en la actualidad, de nuevas atenciones y propuestas. El régimen los considera como importantes intermediarios entre el aislamiento continental y el comercio regional, cuyos centros están activamente vinculados al intercambio mundial; es natural que, en las nuevas condiciones, se exalten sus funciones y se busque su colaboración.

El corolario político de esta actitud de apertura es la propuesta de reunificación efectuada al régimen de Formosa. La nueva política con los gobernantes de la isla, anteriormente enemigos acérrimos de Pekín, se inició con el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y China. Obtenido el reconocimiento de Washington, aparecieron los esfuerzos de Pekín por llegar a un acuerdo con los nacionalistas del Kuomintang y reunificar el país. Esta política debe ser vista como una continuación de los acuerdos con los nacionalistas buscados en otra época por Mao.

La concepción de que el comunismo podría llegar dentro de 100 o 200 años y que, en el ínterin, hay que desarrollar las fuerzas productivas, conservando el control de la propiedad estatal, pero admitiendo la colaboración de la empresa privada y la burguesía, desemboca en una particular concepción de la propiedad. Así, el *Diario del Pueblo*, de Pekín (7 de julio de 1980), afirmó que es un error creer que la propiedad estatal socialista es superior a otras formas, como la cooperativista socialista o la privada en función social. En el caso de la propiedad privada esto parece significar que, con el control del Estado por

las clases no propietarias, ésta puede tener una función social y, por tanto, hay que conseguir su colaboración.

El cambio de actitud frente a Formosa y la búsqueda del concurso de la burguesía comercial de los enclaves de la costa se observa sobre todo en la provincia de Fujian, ubicada frente a la isla. Fujian fue uno de los centros de la revolución cultural y también, por ese motivo, en la actualidad es un foco de reacción contra aquella política, al mismo tiempo que un viejo centro de comercio abierto por la fuerza, a mediados del siglo pasado, a la importación de mercancías occidentales para el mercado chino. Los pescadores formosianos que lleguen al puerto de Amoy, ubicado en esa provincia, no necesitarán cambiar su moneda, lo cual es parte de una ofensiva de iniciativas tendientes a lograr que las autoridades nacionalistas de Formosa adopten una actitud favorable a las propuestas chinas.

El mercado mundial y el endeudamiento externo

La ruptura de las relaciones especiales chino-soviéticas estancó el comercio exterior de China. Las exportaciones se mantuvieron en un valor máximo de 2 000 millones de dólares anuales en el período comprendido entre la ruptura y 1972, cuando se decidió intensificar el intercambio. En los cinco años siguientes, las ventas al exterior se cuadruplicaron y en 1978 ya habían sobrepasado los 10 000 millones de dólares. Hasta ese año, el principio aplicado al comercio exterior era el de obtener los recursos para las importaciones mediante la expansión de las exportaciones. Cuando aquéllas eran más elevadas, sobrevenía otro período en que la situación se invertía; empero, la decisión era no expandir las compras a costa del endeudamiento. Ya en 1979 éstas fueron superiores a las ventas en 3 500 millones de dólares (12 000 millones de exportaciones contra 15 500 millones de importaciones).

El abandono del principio de no endeudamiento (que no es exclusivo de China, dado que la Unión Soviética y los países socialistas de Europa Oriental adoptaron el mismo criterio) se explica por la evolución de la política económica interna. En efecto, ese expediente se utilizará para realizar grandes importa-

ciones de equipos, modernizar la industria, mejorar el equipamiento de las fuerzas armadas y encarar obras de infraestructura en gran escala.

Las fuentes occidentales han agrandado las posibilidades de la expansión de las exportaciones chinas, en parte debido a las primeras declaraciones efectuadas por los nuevos dirigentes. El ritmo de la modernización y del crecimiento económico seguirá dependiendo del volumen de las exportaciones y de una cierta expansión del crédito. Los chinos tratan de fomentar las inversiones extranjeras y de conseguir financiamiento en Occidente, pero es indudable que las concesiones que realicen en esa dirección estarán limitadas por el objetivo de mantener la propiedad colectiva de los medios de producción. La integración al mercado mundial no llegará hasta el punto de perder el control interno del proceso económico.

Los dos principales mercados de exportación de productos chinos son, por el momento, Hong-Kong y Japón. El primero compra —sobre todo— materias primas agrícolas, y el segundo esos mismos productos, así como petróleo y minerales. En 1977, ambos países absorbían, en conjunto, 36% de las exportaciones chinas, con una porción levemente mayor para Hong-Kong. Es indudable que la expansión futura del comercio tenderá a la mayor integración con otros mercados. Japón será, en la región, el socio comercial privilegiado de China. Por lo pronto en el año que se inició la gran apertura, fue el mayor proveedor.

Los grandes rubros de la exportación china son los textiles, los productos alimenticios de origen agropecuario, el petróleo y las confecciones. El comercio de importación cuenta entre los primeros productos el hierro y el acero, las maquinarias y los medios de transporte, los productos químicos y los cereales.

Es obvio que las exportaciones serán insuficientes para hacer frente al programa de importaciones. En 1978, cuando se anunció la política de apertura, los medios occidentales calcularon que el intercambio comercial chino alcanzaría una magnitud de 200 000 millones de dólares en 1985. El programa ya ha sido revisado, precisamente porque los dirigentes chinos se dieron cuenta que sería imposible realizarlo con la capacidad ex-

portadora actual, que sólo podría modificarse con nuevas inversiones en la estructura productiva. En el caso de que las importaciones crecieran con las mayores tasas posibles, se podría llegar, para el período que finalizará en 1985, a una cifra total de 130 000 millones de dólares, a los precios actuales. Como para ese año las exportaciones seguramente no superarán el volumen de los 100 000 millones de dólares, el país deberá endeudarse en aproximadamente 30 000 millones de dólares, como mínimo. Una de las grandes esperanzas chinas para financiar el comercio exterior son las exportaciones de petróleo, pero éstas irán creciendo a una tasa relativamente moderada con relación a las exigencias de aumento de las exportaciones. Se calcula que en 1982 dichas exportaciones serán de 35 millones de toneladas anuales y que en el período de 1978 a 1982 habrán dejado un saldo neto de 18 000 millones de dólares. El importe faltante para cubrir las importaciones deberá obtenerse por la deuda externa y por el desarrollo del turismo. Los límites del endeudamiento dependerán de los resultados que se obtengan con las exportaciones previstas y con el aporte del turismo, aunque es evidente que sólo el mercado mundial puede proveer los recursos para el sector moderno de la economía.

El comercio con Estados Unidos será continuamente expansivo, hasta que las exportaciones de este país a China alcancen un valor calculado en poco más de 5 000 millones de dólares anuales en 1985. Entretanto, el intercambio comercial chino-soviético se mantendrá congelado. El 6 de junio pasado fue firmado en Pekín un tratado, después de un mes de negociaciones. El valor de las operaciones de 1979 fue de 500 millones de dólares y será un poco menor este año. En los acuerdos se equipara el intercambio para evitar los pagos en efectivo. Con respecto a la normalización de las relaciones entre ambos países, en octubre de 1979 se habían iniciado negociaciones en Moscú, y estaba prevista una futura segunda serie de reuniones en Pekín, pero los sucesos de Afganistán, en diciembre de 1979, terminaron con las negociaciones.

En 1959, el comercio exterior chino representaba 5.2% del PIB del país. Al final del período de aislamiento, en 1978, esa proporción se había reducido a 3.7%. El camino emprendido de ahí en

adelante provocará una inversión de la tendencia.

La economía, la agricultura y las comunas

El PIB de China se calcula en poco más de 500 000 millones de dólares en 1979, a precios de ese año, aunque existen muchas divergencias en las estimaciones que al respecto se hacen en Occidente. El ingreso per cápita se estimó en 1977 en unos 380 dólares y las tasas de crecimiento del PIB parecen haber oscilado entre 5 y 9 por ciento anual después de la etapa de reconstrucción y hasta el Gran Salto Adelante, o sea, en el período comprendido de 1952 a 1957. En el decenio de los sesenta el crecimiento anual pudo haber oscilado entre 2.5 y 6 por ciento anual.

La agricultura se efectúa en un área cultivada de alrededor de 110 millones de hectáreas. De ese total, aproximadamente un tercio son tierras muy fértiles: al norte del Río Amarillo están las tierras donde se obtiene una cosecha anual de trigo, con clima frío y seco; entre el Yang-tsé y el Río Amarillo se producen generalmente dos cosechas anuales, una de trigo y otra de arroz; finalmente, al sur de Yang-tsé están las tierras beneficiadas con abundantes lluvias, en las que se dan productos subtropicales como el yute y la caña de azúcar, además del arroz. Generalmente se pueden obtener dos cosechas de arroz y en algunas zonas una cosecha de trigo en primavera. Pese a los progresos realizados en el desarrollo del riego y el control de las inundaciones, la agricultura china aún está sujeta a grandes riesgos climáticos.

Hay unas 50 000 comunas en todo el país, cada una de las cuales reúne, en promedio, 15 000 personas que cultivan una extensión de 2 000 hectáreas. En un país que ha estado siempre tan cerca del déficit alimentario, la agricultura tiene una relación directa con la tasa de aumento de la población. En forma oficial, se dice que China cuenta con 958 millones de habitantes y que su tasa de incremento demográfico es de 1% anual; sin embargo, cálculos efectuados en Estados Unidos indican que la población ya sobrepasó los 1 000 millones y que la tasa de aumento demográfico es cercana a 2%. Frente a ella, el aumento promedio de la producción de granos es de 2 a 2.5 por ciento anual. Aunque el proble-

ma del hambre está vencido, no hay que olvidar que la producción anual está sujeta a los riesgos del clima y de las inundaciones. En todo caso, el desafío es alimentar mejor a la población, ya que recientemente se aceptó que hay alrededor de 100 millones de personas que tienen un bajo nivel de nutrición.

Desde otro punto de vista, la agricultura está retrasada con relación a las necesidades del desarrollo industrial. Es todavía insuficiente en cantidad, la calidad es baja y los costos son, en muchos casos, relativamente elevados. Además, China es exportadora de productos agrícolas subtropicales y es posible que también llegue a convertirse en exportadora neta de alimentos. Sin embargo, todavía queda un largo camino que recorrer.

A pesar de la indiscutible mejora de los campesinos, subsiste una gran diferencia entre el ingreso rural y el urbano, lo cual, en un país con tan bajo ingreso per cápita y con cerca de 80% de la población dedicada fundamentalmente a tareas rurales, constituye un grave problema. En 1979, el ingreso promedio anual de los habitantes de las ciudades se estimaba en 462 dólares, lo cual indicaría que el ingreso de los habitantes del campo es, por lo menos, 25% inferior, aunque cálculos directos señalan una desproporción mayor. Además, existen notorias diferencias de ingreso en el sector rural.

Del ingreso global campesino, aproximadamente un tercio corresponde a la producción privada. La nueva política se ha orientado a acrecentar el ingreso de la agricultura mediante una mejora de 20 a 25 por ciento en el precio de los granos. El objetivo es lograr una mayor inversión en el sector y elevar la producción a 400 millones de toneladas de granos en 1985. La producción de 1979 fue de aproximadamente 312 millones y la de 1978 de 305 millones, después de los años malos para las cosechas del período 1975-1977.

El aumento de la producción agropecuaria está vinculado a los progresos que se logren en la mecanización y el riego. La mecanización —tal como se la conoce— puede tener éxito en las llanuras del nordeste, pero no en otras regiones, donde se practica el cultivo en terrazas, ni tampoco en los pequeños predios. El riego es necesario en las

llanuras de clima seco del norte, a las cuales es difícil hacerles llegar el agua. Además, al costo del riego hay que sumar el del drenaje de las zonas de tierras bajas. Por último, quizá será necesario especializar algunas zonas de cultivo, desplazando el trigo de las tierras del sur que son muy aptas para el algodón, aunque no es fácil convencer al campesino de que dependa en mayor medida del mercado para su propia alimentación.

Como en tantas otras sociedades poco desarrolladas, los campesinos chinos están obligados a crear un enorme excedente que será absorbido por los sectores modernos de la economía. La agricultura china no podrá eludir este destino, porque no hay capacidad financiera ni tecnológica para convertirla en moderna y tecnificada y, además, porque la población ocupada en ella jamás podría ser absorbida por la industria. De aquí la importancia que el régimen concede a la disminución de la natalidad.

La comuna, en cierto sentido, abrió un nuevo horizonte a la población agrícola. Ya que no podía desplazarse hacia la industria urbana, trajo la industria en pequeña escala al campo, solucionando al mismo tiempo la demanda de productos industriales livianos para ese mismo sector. La comuna da ocupación a la población que la agricultura no puede absorber de modo directo. Este aspecto del desarrollo chino es una particularidad que la superficial visión de las agencias noticiosas occidentales no es capaz de apreciar. Es cierto que la modernización china concederá un mayor espacio a la iniciativa privada, pero de ninguna manera podrá desarticular el sistema de las comunas. Más bien, el desarrollo agrario provocará una escisión en el sector y mayores recursos pasarán a los cultivos de exportación, que deberán contar con más tecnificación. De esta manera, junto la agricultura tradicional irá apareciendo un subsector más eficiente, de características distintas al tradicional, que resolvió con tanto éxito la demanda de alimentos de la población. La incorporación de tecnología estará destinada fundamentalmente al sector moderno de la agricultura.

La industria liviana

La elevada y constante inversión industrial del pasado dio por resultado una

manufactura muy diversificada y capaz de hacer frente a la demanda interna. China produce la mayor parte de los materiales, maquinaria y bienes de consumo que necesita. La industria liviana sigue teniendo prioridad porque, mediante el trabajo intensivo, contribuye a resolver el problema del empleo, ofrece un mercado firme para los productos agrícolas, asegura el nivel de vida de la población, genera excedentes exportables, tiene —contrariamente a la industria pesada— una rápida tasa de retorno y reúne, mediante las ganancias y los impuestos, 30% de los ingresos fiscales, que representan una suma equivalente a 70% de las inversiones en los grandes proyectos de la infraestructura y de la industria pesada.

La industria liviana incorporará paulatinamente tecnología más moderna, estará más influida por el mercado y será un renglón abierto a la cooperación con compañías extranjeras, para mejorar su acceso al mercado mundial por medio de mayores eficiencia y competitividad y un mejor conocimiento de los canales de distribución. La modernización china no abandonará la industria rural en pequeña escala por las razones mencionadas. Asimismo, la prioridad en la asignación de fondos estará en la industria liviana, a pesar de la existencia de grandes proyectos para la industria pesada. Es posible que, transitoriamente, esta política retarde el desarrollo de la industria pesada y postergue algunos de los planes iniciales trazados con vistas a la modernización, pero la decisión está atada a las necesidades del país, al problema del empleo y de las exportaciones, y seguramente servirá para fundamentar un desarrollo más firme de la industria pesada en el futuro.

La industria pesada y la minería

Los dos rubros de mayor importancia en la industria pesada china son el acero y la petroquímica. El acero es el mayor cuello de botella de la economía, junto al de los transportes. Pese a ello, la producción de acero crudo alcanzó 32 millones de toneladas en 1979 y se desarrolló a un ritmo muy intenso, dado que en 1970 se produjeron 17.8 millones de toneladas. Es posible que el esfuerzo que se deba realizar en el futuro sea mayor de lo que sugieren las cifras, puesto que una parte de la tarea será sustituir la producción actual por aceros

de mejor calidad. La necesidad de la petroquímica se deriva de la producción de petróleo y de la demanda de fertilizantes. En ambos rubros se recurrió a la colaboración extranjera. El desarrollo del sector moderno, al que está plenamente integrada la industria pesada, aumentará las diferencias sociales internas y los conflictos correspondientes dado que el desenvolvimiento de este sector requiere grandes excedentes, cuya disponibilidad frenará en alguna medida la mejora del ingreso de la población vinculada a los sectores atrasados, que constituyen la enorme mayoría del país. Esta circunstancia también contribuyó a la adopción de una política de desarrollo relativamente más lenta, con prioridad en la industria liviana y en la fabricación de bienes de consumo, para hacer más tolerable el proceso de establecer el sector moderno y mantener la unidad nacional, a pesar de que se acrecentarán las diferencias de ingresos y ello tendrá un fuerte efecto en una sociedad muy influida por las pautas igualitarias.

La minería también demandará grandes inversiones. China tiene enormes reservas de mineral de hierro. Ya se han firmado convenios con empresas estadounidenses para proveer de tecnología a los yacimientos, algunos de los cuales están bien situados en relación con las plantas siderúrgicas. En los metales no ferrosos también puede haber una gran sustitución de importaciones, pero las reservas están localizadas en áreas lejanas y requieren grandes inversiones. En este rubro se produjo un estancamiento en las inversiones en los últimos años.

China exporta en la actualidad tungsteno, estaño, mercurio y antimonio; cuenta con reservas probadas importantes de manganeso, bauxita, molibdeno y titanio y recientemente se han efectuado descubrimientos de cobre, plomo, cinc, níquel, plata y cromo. Como en las otras áreas de la economía, también aquí se requiere aporte de tecnología.

El petróleo y la infraestructura

El petróleo, como se dijo, puede ser un instrumento decisivo para financiar la modernización. En el primer semestre de 1980, la producción china de petróleo fue de 52.9 millones de toneladas, lo que significa un ritmo anual de alrededor de 106 millones. Esta producción es

un poco superior a la de México y algo inferior a la de Venezuela en 1979, lo que sitúa a China entre los diez primeros productores mundiales. Los problemas del petróleo del territorio continental residen en que es un crudo muy pesado y en que las regiones productoras tienen un clima poco favorable, lo que genera dificultades de diverso tipo. Sin embargo, las reservas están en zonas aún peores, por lo alejadas (Tíbet, Sinkiang). Según un estudio del Senado de Estados Unidos, esas reservas podrían llegar a 15 000 millones de toneladas (tres a cuatro veces superiores a las reservas de Estados Unidos), de las cuales un tercio se sitúa en la plataforma submarina. La explotación de estos últimos yacimientos podría comenzar en 1984 o 1985, con el concurso de empresas extranjeras.

El crecimiento de las exportaciones petroleras no podrá ser muy dinámico, tanto por la magnitud de las inversiones requeridas como por el incremento del consumo interno. Con el aporte de la producción de la plataforma submarina, se calcula que el petróleo podría llegar a financiar, en 1990, 23% de las importaciones, aunque este cálculo se considera conservador. El precio al que China vende su petróleo está en el mismo nivel de las cotizaciones de la OPEP, aunque tiene tarifas más bajas para clientes preferenciales, como Tailandia.

Poco es lo que se puede decir con respecto al área de la industria militar, que está sostenida por el excedente social a un costo muy elevado, dado que esta industria tiene una alta eficiencia. La infraestructura, por su parte, también requerirá grandes inversiones, pues su cometido es unificar el vasto mercado interno y facilitar la integración de la industria liviana rural, al sector moderno, en forma paulatina. En el ámbito del transporte, el principal medio es el ferrocarril, cuyo uso está limitado por la utilización que de él hace el ejército. Hay, con respecto a los ferrocarriles, un plan de ajuste y de construcción de cuatro nuevas líneas eléctricas (existe una de ese tipo).

La reforma económica y las reacciones sociales

El objetivo económico de China para el año 2000 es casi triplicar el ingreso per cápita, llevándolo a 1 000 dólares de

valor actual, con lo que, dentro de 20 años, el país podría compararse —en términos de ingresos per cápita— al México de hace unos diez años. En un principio, los dirigentes anunciaron 120 grandes proyectos para transformar a China en un país industrial en el año 2000, pero las metas, dadas a conocer a fines de 1978, fueron abandonadas unos meses después por objetivos más modestos, que incluyen una mayor preocupación por el aumento del nivel de vida.

La reforma económica prevé una atención simultánea de los intereses del Estado, de la sociedad y del individuo. Las remuneraciones estarán en una relación más directa con la calidad del trabajo. Existirá un sistema de primas, se experimentará el método de las sanciones económicas a las unidades de producción, las cuales tendrán mayor autonomía. Se buscará la cooperación internacional para explotar los recursos naturales, se dará autorización a los capitales extranjeros para construir fábricas y se aplicará la ciencia y la tecnología extranjera en gran escala. Se respetará la propiedad colectiva de los campesinos, en el sentido de no tratarla como propiedad estatal, y los miembros de la comuna tendrán acceso a parcelas individuales para dar lugar a una producción familiar complementaria y para el mercado de la aldea. Se aceptarán depósitos de bancos extranjeros, se crearán zonas de turismo y se enviarán estudiantes a los países desarrollados. Se pondrá en marcha una reforma educativa, se buscará abandonar paulatinamente el pensamiento dogmático y los intelectuales, científicos y técnicos verán elevar su *status*, en un ambiente de mayor libertad científica y cultural. El partido aumentará el reclutamiento de intelectuales.

El plan económico tiene un prólogo constituido por un programa de reajuste y restructuración, que se extiende de enero de 1979 a diciembre de 1981. En este período habrá un menor ritmo de crecimiento, para evitar cuellos de botella, mayor inflación y penuria de recursos financieros. Es de destacar que en 1978 y 1979 la industria creció a una tasa de alrededor de 13 a 14 por ciento por año, lo que ha llevado a un estimamiento de la capacidad productiva. Habrá mayor autonomía regional y de las empresas para administrar la producción, lo que dará más espacio a la acción del mercado.

El carácter piloto del programa se revela por el hecho de que la reforma abarca 3 000 empresas, sobre un total de 350 000. La mejora en la productividad es lenta y hay cuellos de botella en la disponibilidad de energía y en los transportes, además de los problemas tradicionales con el acero.

En el plano político, las reformas aprobadas implican un triunfo de la línea de Teng Siao-ping, ya que el nuevo equipo, empezando por el nuevo primer ministro Zhao Ziyang, está integrado con cuadros de su tendencia. No todo está dicho al respecto, porque los desplazados, como siempre ocurre en China, conservan una enorme influencia y por que la situación interna no es óptima.

El igualitarismo tiene una gran fuerza en China, y la reforma, de una manera u de otra, tenderá a aumentar las desigualdades en las remuneraciones, entre la industria moderna y la tradicional y entre las regiones. Por otra parte, los continuos cambios de línea han provocado desilusión y rencor en los militantes y en la población en general, sobre todo entre quienes ingresaron a la vida política con la Revolución Cultural. Una muestra de ello es que la nueva dirección, pese al estilo de liberalización, se vio obligada a impedir la expresión de ideas por medio de los *dazibaos*. Además, el peso de estos sectores es considerable en el pueblo, que sigue venerando a Mao. Tanto por la índole de la reforma económica, como por el sentido de la política interna, el proceso de desmaoización en China tiene indudables similitudes con el proceso de desestalinización que se vivió en la Unión Soviética después de la muerte de Stalin. Esta sería, sin duda, una comparación desagradable para los dirigentes chinos, que si tienen algo en común es su profunda aversión por todo lo que tenga que ver con la Unión Soviética. □

Nota: Para la elaboración de este artículo, que complementa al publicado en el número correspondiente a abril de 1980, se tuvo en cuenta información aparecida en las siguientes publicaciones: *Financial Times*, Londres; *U.S. News & World Report*, Washington; *The Wall Street Journal*, Nueva York; *Excelsior*, México; *Business Week*, Nueva York; *Uno más Uno*, México; *Le Monde* y *Le Monde Diplomatique*, París; *The New York Times*, Nueva York; *The Economist*, Londres; *Quarterly Economic Review*, Londres; *Rinascita*, Roma; *Business Asia* y *Business China*, Hong Kong, y *Petroleum Economist*, Londres. La información estadística que se incluye en esta nota sólo indica órdenes de magnitud, ya que no existen estadísticas oficiales chinas.